

[Otra edición en: *Jano*, ca. 1973-1974, 65-67. Versión digital por cortesía del autor, como parte de su *Obra Completa*, revisada de nuevo bajo su supervisión y con la paginación original]

© Texto, José María Blázquez Martínez

© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

España, país exportador de productos hace 2.000 años

José María Blázquez Martínez

[-65→]

Hace 2.000 años la Península Ibérica era uno de los países de mayor exportación de productos de todo el Mediterráneo, ya que Roma, capital del Imperio romano, siempre fue receptora de productos de todo género. Estamos bien informados a este respecto gracias al libro tercero de la *Geografía* de Estrabón, griego del Mediterráneo oriental que en tiempos de Augusto escribió una geografía de todos los países del Mediterráneo, dedicando el libro tercero íntegramente a Hispania, el cual constituye el mejor documento de conjunto sobre la España antigua. Estrabón no conocía directamente la Península Ibérica, pero se informó a través de autores que la habían visitado en los siglos II y I antes de J. C., como Polibio, Posidonio y Artemidoro. Un segundo autor que completa los datos de Estrabón es el naturalista latino Plinio, quien, siendo procurador de Vespasiano, visitó España por obligaciones de su cargo. Las fuentes que utiliza Plinio son, generalmente, de comienzos del Imperio romano, es decir, de la época de Augusto. Son fundamentalmente dos: la llamada *formula provinciarum*, que con fines fiscales se confeccionó en el año 41 antes de J.C., y el mapa de Agripa, lugarteniente de Augusto, fechado en años anteriores. Otros autores nacidos en la Península en el siglo I, como Mela y Columela, proporcionan datos, también muy interesantes, sobre la economía de la España romana.

Todos los autores antiguos coinciden en señalar que la principal fuente de riqueza de España eran las minas, pues la Península era el distrito minero más rico de todo el Mediterráneo y el que exportaba minerales en mayor cantidad y variedad. Estrabón, refiriéndose a Andalucía, escribe: "Hasta ahora, ni el oro, ni la plata, ni el cobre, ni el hierro natural se han hallado en ninguna parte tan abundantes y excelentes." Unas líneas antes, el mismo autor ha indicado que aquella región del sur de España abunda en minerales, y que toda la tierra de los iberos está llena de ellos. De la región del noroeste de Galicia y norte de Portugal dice que "abunda en oro, plata y otros muchos metales". Otros autores confirman estas riquezas. Plinio sostiene que "casi toda España abunda en yacimientos de plomo, hierro, cobre, plata y oro", así como "en metales de todo género". Algunos minerales, durante el Imperio romano, los producía España casi exclusivamente, como el cinabrio de las minas de Almadén (Ciudad Real), ya en explotación por lo menos desde el siglo IV a. de J.C. Prácticamente todo el cinabrio que recibía Roma procedía de Almadén. La mina era propiedad del pueblo romano, pero la explotaba una compañía de publicanos, que obtenía con ella fabulosos ingresos. Su explotación se vigilaba con gran celo. No se purificaba el mineral en el lugar de origen, sino que se enviaba sellado a Roma. Su precio de venta al público era de 70 sestercios la libra. Se utilizaba como colorante en los combates de gladiadores, para los muebles de las viviendas y en las pinturas al fresco. El rendimiento de las minas de oro de Asturias, Galicia y norte de Portugal era fabuloso a comienzos del siglo I de nuestra Era.

Plinio asegura que ascendía a 20.000 libras al año, que la producción de Asturias era la más importante, y que no había en la tierra otra región donde se alcanzara mayor

producción. Los ríos españoles, como el Tajo, arrastraban pepitas de oro puro. Las minas de plata más importantes eran las situadas en las proximidades de Cartagena, cuya producción financió la segunda guerra púnica contra Roma. El gran historiador griego Polibio las visitó en el siglo II a. de J. C. En ellas trabajaban entonces 40.000 esclavos, y reportaban al pueblo romano unos ingresos de 25.000 dracmas diarias. Otras minas de plata de Sierra Morena, según Plinio, producían 26 kilogramos de plata cada tres días. Otro gran distrito minero era la zona de Cástulo (Linares, Jaén), donde se encontraba la famosa mina Baebelo, que rentaba a Aníbal, en el siglo III a. de J. C., 300 libras diarias de plata y que ya en época de Augusto se había excavado 1.500 pasos. Las



Ostia. Mosaico. Naves de carga junto al faro del puerto. Al decir de Estrabón, la excelencia de las exportaciones de Andalucía se manifestaba en el gran número y el enorme tamaño de las naves; las mayores naves de carga que arribaban a Puteoli y Ostia, puerto de Roma, procedían de Andalucía.

minas de cobre más famosas estaban situadas en la provincia de Córdoba, y eran propiedad de Sexto Mario. Tiberio, a comienzos del siglo I, le acusó de incesto con su hija, que era bellísima, según Tácito, para apoderarse de las minas. España, el norte de Lusitania y Galicia producían grandes cantidades de estaño, cuyo monopolio ejercieron los gaditanos hasta principios del siglo I a. de J. C. Toda esta fabulosa producción de metales se exportaba íntegra a Roma y a otras provincias del Imperio, como el sur de Francia, Italia y Marruecos. La España romana era El Dorado o el Perú del Imperio romano, y su riqueza minera explica la política occidentalista de Augusto y la intensa colonización a que fue sometida la Península. Diodoro Sículo, escritor griego de la época de Augusto, nos habla de una intensa colonización por parte de itálicos que venían a España a explotar las minas, a enriquecerse en muy poco tiempo, lo cual constituyó una de las causas fundamentales de la temprana y profunda romanización de la Península.

A la explotación y exportación minera seguía en importancia la agrícola. Los cartagineses, durante la dominación bárquida en el siglo III a. de J.C., habían introducido en amplias zonas del sur y del levante de España las técnicas más avanzadas de cultivo

agrícola, tomadas en parte de los Ptolomeos de Egipto. Cuando los romanos, a partir del año 218 a. de J.C., comienzan a conquistar la Península, se encuentran con un país de una agricultura sumamente próspera. Andalucía era ya, en gran parte, toda ella de regadío. Estrabón escribe que toda Andalucía, tanto en bienes terrestres como marítimos, podía compararse con las regiones más ricas de la tierra, insistiendo en su riqueza extraordinaria en productos de todo género, apreciación que [-65→66] coincide con lo que afirma Plinio. Estrabón enumera los productos que se exportaban a Roma desde Andalucía, llamada Bética: trigo, vino y aceite. Este último, no sólo en cantidad, sino en calidad insuperable. Ya a comienzos del Imperio, España comenzó a exportar grandes cantidades de aceite. Ánforas hispanas en las que se llevó aceite a Italia han aparecido en Pompeya, ciudad destruida en el año 79. A partir de esta fecha el aceite hispano invadió Britania, Germania, parte del sur de Francia y Roma, donde se ha formado un monte, el Testaccio, hecho todo él con ánforas en su mayoría procedentes de la Península. Plinio ha dado en su *Historia Natural* una lista de los vinos hispanos más famosos en Roma. Ya en el siglo I eran célebres los vinos de Jerez y, junto a éstos, los de la región levantina, citados también, a finales del siglo I, por el poeta satírico Marcial. Los viñedos laietanos, en el noroeste, eran conocidos por el mucho vino que producían. Marcial considera que los vinos de Tarragona sólo eran inferiores a los de Campania, en las proximidades de Nápoles, y que competían con los etruscos y los de Lauro; en Valencia, eran famosos por su finura. Los vinos de las Islas Baleares admitían ser parangonados con los mejores de Italia. También se exportaba a Roma vino de baja calidad, al que alude Ovidio.

Plinio enumera otros productos del campo español que se exportaban, como las alcachofas de Córdoba y la lechuga del sur, que tardaba siete días en llegar a Roma, desde Cádiz. Los higos más famosos en Roma eran los de Ibiza, aunque también tenían fama los de Sagunto. Las cerezas lusitanas se exportaban a Bélgica y al Rhin. Andalucía, según Estrabón, también exportaba cera, pez, miel y cochinilla. Por su parte, toda la costa exportaba gran cantidad de salazones. Las conservas procedentes de España fueron famosísimas en todo el mundo antiguo. Eupolis (446-441) menciona las salazones de Cádiz junto a las de Frigia, en Asia Menor, y Aristófanes las recuerda en *Las ranas*. Un poco más tarde del año 400 a. de J.C. se vuelven a citar las conservas de Cádiz, fabricadas con esturión; Nicóstrato, hacia el año 480 a. de J.C., cita las salazones gaditanas comparándolas con las de Bizancio. Hacia el año 300 a. de J.C., otro autor cómico, Dífilo, compara las conservas de atún de Sexi (Almuñécar, Granada) con las famosas de Aminkla, a las que superan en delicadeza y suavidad. Toda la costa Mediterránea y sur de Portugal se llenó, entre la mitad del siglo I a. de J.C. y el año 50, de fábricas de salazones, al igual que el norte de Marruecos. Se conocen en las proximidades de Cádiz, en Bolonia (Tarifa, Cádiz), Málaga, Sexi, Abdera (Adra, Almería), Baria (Villaricos, entre Almería y Cartagena) y Cartagena. Estas fábricas producían el famoso *garum* o *liquamen*, especie de salsa que se empleaba como acompañamiento de las comidas. Hecha a base de las fauces, gargantas, intestinos, hipogastrios, etc., de la murena, el atún, el esturión, o el escombro, se mezclaba con peces pequeños enteros y se dejaba en salmuera y al sol durante unos dos meses. El *garum* era un estimulante del apetito, y los médicos, como Hikerios, que vivió hacia el año 100 antes de J.C., y Galeno (129-199), lo recomendaban por sus propiedades curativas y alimenticias. "Actualmente, el *garum* mejor —escribe Plinio— se obtiene del pez de escombro en las pesquerías de Cartagena. Es conocido con el nombre de *garum* de la Compañía. Dos congios (6,5 litros) no se pagan con menos de mil monedas de plata. A excepción de los ungüentos, no hay licor alguno que se pague tan caro, dando fama a los lugares de donde proviene." Alude aquí a la

Compañía de Cartagena, que tenía el monopolio de la explotación de la sal y del escombro, y al precio elevado de esta exquisita conserva.

Una tercera fuente de riqueza en la España romana era la ganadería, que constituía la base de la economía y de la alimentación de muchas poblaciones de la Península, por lo que hay que rechazar la tesis generalmente admitida de la frugalidad de los iberos, ya que los pueblos cuya base de alimentación es la carne no son nunca frugales. España tenía muy buenas razas bovinas, que hicieron que aquí se localizara el mito del rapto por Hércules de los toros de Gerión. Diodoro nos dice que las vacas regaladas por Hércules a un reyezuelo ibero eran animales sagrados. Asimismo, España fue famosa en el Imperio romano por la exportación de lanas de caballos de carreras. Exportó también caballos para la guerra, que figuran en las campañas de César en la Galia, de Marco Antonio en la guerra de Armenia, y en las de la Guerra Civil, en Filipos, en Grecia y en el norte de África, todas de finales de la República romana. Las dos razas más famosas de caballos hispanos eran los asturcones y tieliones de Asturias y Galicia; eran famosos mucho antes de la conquista romana, pues Antioco III, rey de Siria, tenía un caballo asturcón. El asturcón era un tipo de caballo bien conocido en Roma entre los años 86 y 82, pues se le cita en un tratado de retórica compuesto por estas fechas. El emperador Nerón tenía también un caballo de esta misma raza. En los alrededores de Lisboa [-66→67] se criaban unos caballos tan veloces, que se propagó la fábula de que las yeguas eran fecundadas por el viento Céfiro, leyenda que recogen numerosos autores latinos, como Virgilio, Mela, Plinio y Trago Pompeyo, escritor este último, de la época de Augusto. Todavía a finales del siglo IV los caballos hispanos eran famosísimos; Símaco, prefecto de Roma, escribe varias cartas a hispanos solicitándoles caballos para las carreras del circo. España criaba gran cantidad de caballos salvajes. Plinio asegura que Hispania producía excelentes lanas negras. Andalucía tenía unas ovejas de lana rojiza, y la lana de Salacia, en Portugal, era apta para tejidos en cuadro. Los ganaderos béticos seleccionaron y perfeccionaron las razas ovinas. Columela menciona a un tío suyo que cruzó ovejas andaluzas con otras africanas, obteniendo un excelente resultado, pues las crías eran mejores que las de Tarento, que eran reputadas como inmejorables. Marcial atribuye al agua del Betis la excelente calidad de las lanas béticas, pero ésta era el resultado de refinadas selecciones. España no exportaba ganado ovino, sino las lanas en bruto.

Famosos fueron los jamones cántabros y cerretanos; estos últimos lograron mantener su fama hasta comienzos del siglo IV, pues se los cita en el edicto de los precios del emperador Diocleciano.

España exportaba asimismo tejidos y tintes. Estrabón anota que, años antes de escribir el libro tercero de la *Geografía*, llegaban a Italia procedentes de Andalucía muchas telas para los vestidos, mientras que hoy sólo copos de lana, es decir, la materia prima. De extraordinaria calidad eran los tejidos ligeros confeccionados por los saltietas, de localización dudosa, pero que debían de estar situados al sur de la Península. El lino más famoso de toda Europa, al decir de Plinio, era el que se cultivaba en Saetabis (Játiva, Valencia). En esta ciudad había talleres que confeccionaban redes de caza, al igual que entre los Zoelas, en Asturias. También eran famosos los pañuelos de Saetabis, como los que Veranio y Fabullo regalaron a C. Valerio Catulo como recuerdo de su viaje a Hispania. El poeta se queja, en otra composición, de que Tallo le hubiera robado un pañuelo de Saetabis. El lino recolectado en Tarragona era de una blancura y finura extraordinarias, lo que motivó que se establecieran allí los primeros talleres de cárbaso. El lino se trabajaba también en Ampurias. Otro producto hispano, cuya producción se exportaba íntegra, era el esparto, que se cultivaba en los alrededores de Ampurias y de Cartage-

na. Ateneo hace alusión al esparto procedente de la Península que Hieron (270-215 antes de J.C.) tenía en sus barcos. Grecia importó esparto de España en el siglo I a. de J.C., según testimonio de M. Varrón. Durante su campaña de la Galia (58-52 a. de J.C.), César importó de España todo lo necesario para equipar las naves, es decir, velas y cuerdas de esparto. En tiempos de Augusto se exportaba, según Estrabón, a todos los países, principalmente a Italia. Otros productos hispanos exportados se utilizaban en tintorería, como la planta de Portugal, llamada *coccus*, empleada para teñir el paludamento de los generales. España también producía *criscola*, utilizada por los tintoreros, y una sustancia colorante, azul, que era una arena susceptible de una preparación similar a la del *armenicum* y cuyo valor era de 30 sestercios la libra, lo que obligó a bajar el precio de éste a seis denarios. Carteia tenía también talleres de púrpura. Andalucía exportaba, según Estrabón, mucha cochinilla, pero la más famosa era la de Mérida, al decir de Plinio; también se obtenían, según este último autor, los tintes de otro insecto que habitaba en la coscoja, árbol parecido a la encina, con cuyo producto los pobres pagaban la mitad de su tributo.

Un producto de exportación era la cerámica saguntina, llamada "barro saguntino", citada frecuentemente por los escritores del siglo I de nuestra era, Plinio, Marcial y Juvenal. Posiblemente se trata de la cerámica ibérica

No deja de causar extrañeza el que no figuren esclavos hispanos en los talleres de Italia, cuando se sabe por Petronio, el novelista de la época de Nerón, que la venta de esclavos era un negocio lucrativo, al comienzo de la dinastía julio-claudia, y por Plinio que España era famosa por sus fornidos esclavos. Los prisioneros procedentes de las Guerras Cántabras (29-19 a. de J. C.) fueron vendidos en subasta, con la condición de que a ninguno se le podía conceder la libertad antes de veinte años. Posiblemente la fuerte explotación minera hizo que no figuren, a comienzos del Imperio, esclavos hispanos en los mercados de Italia.

Varios eran los puertos de España por donde se exportaban todos estos productos. El principal era Cartagena, que era el mercado donde se intercambiaban todo tipo de mercancías, lo mismo las del exterior que las procedentes del interior de la Península. En la costa sur, los puertos más importantes para comerciar con Marruecos eran Boloña, Málaga y Cádiz. Esta última ciudad, con unos 50.000 ó 60.000 habitantes, de los que unos 2.000 serían hombres libres, constituía el más importante centro comercial de España. Sus habitantes vivían en el mar, en empresas marinas y comerciantes, recorriendo el Atlántico y el Mediterráneo, al decir de Estrabón, lo que explica satisfactoriamente que fuera una ciudad de multimillonarios en época de Augusto, pues en un censo realizado en vida de este emperador se empadronaron en Cádiz 500 caballeros, que se dedicaban fundamentalmente al comercio y tenían grandes capitales. A excepción de la ciudad de los patavinos, en Italia, y de la propia Roma, ninguna ciudad contaba con un número tan elevado de personas de dicho rango.

Hace 2000 años España exportaba fundamentalmente materias primas (minerales) y productos alimenticios, y posiblemente —como sostuvo en el siglo pasado el gran historiador del Imperio romano T. Mommsen— Roma e Italia de ninguna provincia del Imperio recibieron mayor cantidad de productos como de España. Lo mismo afirmó Estrabón hace 2.000 años: "La excelencia de las exportaciones de Andalucía manifiéstase en el gran número y el gran tamaño de las naves; las mayores naves de carga que arriban a Puteoli y Ostia, puerto de Roma, proceden de aquí, y su número es casi igual al que viene de África."